

Memorias de infancia rural. Lo no dicho del desplazamiento forzado en la Orinoquía colombiana¹

Martha Janneth Ibáñez-Pacheco²  

Siempre llega el enanito
con sus herramientas
de aflojar los odios y apretar amores.

Siempre llega el enanito,
siempre oreja dentro
con afán risueño de inundar lo roto.
siempre...

SILVIO RODRÍGUEZ, “El reparador de sueños” (1984)

Resumen

Los inicios del siglo XXI en Colombia y, en especial, en la región de la Orinoquía se dan en medio de los fragores de una guerra heredada. Los niños y niñas del área rural viven experiencias dolorosas y violentas por causa de un conflicto armado histórico que no se ha tramitado aún o que se mantiene en un silencio tenso. Esta investigación recoge narrativas de infancia de seis jóvenes que vivieron el desplazamiento forzado y otros hechos violentos. No son parte de las estadísticas ni de relatos oficiales porque decidieron, junto con sus familias, no declararse víctimas, sino agenciarse como sujetos activos individuales y colectivos, desde otras formas de reconfiguración de sus propias vidas. Estos jóvenes, nacidos entre los años 2000 y 2005, son hoy estudiantes de la Universidad de Los Llanos, la única universidad pública de la región. Rebasaron sus miedos y los volvieron relatos de infancia, junto con sus familias, en medio de silencios, suspiros y una que otra lágrima propia del recuerdo doloroso.

El propósito es problematizar la noción de *infancia rural* de la modernidad —cargada de epítetos como *víctima*, *carente*, *inocente*, *sufriente*, *sin juegos*, *trabajadora*, *sin derechos*—, que ha soslayado tanto las apuestas políticas y educativas como el ejercicio efectivo de derechos —insuficientes en el marco de una guerra—.

1 Artículo producto de la investigación titulada “Memorias de Infancias de estudiantes de la Universidad de Los Llanos. Formas de ser niño y niña rural en medio del conflicto armado en tres municipios de la Orinoquía”, llevada a cabo en el marco de la convocatoria junio de 2023, código: C03-F04-020-2022, de la Universidad de Los Llanos.

2 Magíster en Desarrollo Educativo y social. Docente, Universidad de Los Llanos, Villavicencio, Colombia. mibanez@unillanos.edu.co

Artículo de investigación

Para citar este artículo

Ibáñez-Pacheco, M. J. (2026). Memorias de infancia rural. Lo no dicho del desplazamiento forzado en la Orinoquía colombiana, *Folios*, (64), 86-108. <https://doi.org/10.17227/folios.64-21844>

Artículo recibido

26.06.2024

Artículo aprobado

09.12.2025

Artículo publicado

01.07.2026

La investigación se aborda desde el enfoque cualitativo, con perspectiva hermenéutica-narrativa, donde el relato es el método que permite explorar e indagar sobre los recuerdos de violencia y, especialmente, aquellos que vivieron el desplazamiento forzado. Las vivencias se volvieron palabras, gestos, relatos individuales y colectivos. Son infancias que, si bien devinieron en privaciones de espacios, juegos y preguntas, se agenciaron desde la exploración de espacios propios para jugar, compartir y vivir el territorio de otras maneras, aunque fueran de diferentes grupos armados. En las narrativas, el relato ilumina la mirada y devuelve la sonrisa; así, los jóvenes y sus familias logran, por momentos, lo que el cantautor del epígrafe profesa: “aflojar los odios y apretar amores”.

Palabras clave: memoria; infancia; población rural; guerra; migración

Memories of Rural Childhood. What is not Said in Forced Displacement in the Colombian Orinoco

Abstract

The beginning of the 21st century in Colombia, and especially in the Orinoquía region, unfolded amidst the turmoil of an inherited war. Children in rural areas endured painful and violent experiences due to a historical armed conflict that remains unresolved or shrouded in a tense silence. This research gathers childhood narratives from young people who experienced forced displacement and other acts of violence. They are not part of the statistics or official accounts because they, along with their families, chose not to declare themselves victims, but rather to empower themselves as active individuals or groups, through alternative ways of reshaping their own lives. These six young people, born between 2000 and 2005, are now students at the University of Los Llanos, the only public university in the region. They overcame their fears and transformed them into childhood stories, together with their families, amidst silences, sighs, and the occasional tear born of painful memories.

The purpose is to problematize the modern notion of *rural childhood*, laden with epithets such as victim, deprived, innocent, suffering, without play, working, without rights, which has overlooked both political and educational initiatives, as well as the effective exercise of rights, which are insufficient in the context of war.

The research is approached from a qualitative perspective, with a hermeneutic-narrative approach where storytelling is the method that allows for exploring and investigating memories of violence, especially those of people who experienced forced displacement. These experiences became words, gestures, and individual and collective narratives. These are childhoods that, while resulting in deprivations of spaces, play, and questions, were also shaped by the exploration of their own spaces to play, share, and experience the territory in other ways, even if those spaces belonged to different armed groups. In the narratives, the story illuminates the gaze and brings back the smile; thus, young people and their families achieve, at times, what the singer-songwriter of the epigraph professes: “to loosen hatreds and tighten loves.”

Keywords: memory; childhood; rural population; war; migration

Memórias da infância rural. O que não é dito no deslocamento forçado no Orinoco colombiano

Resumo

O início do século XXI na Colômbia, especialmente na região da Orinoquía, desenrolou-se em meio à turbulência de uma guerra herdada. Crianças em áreas rurais sofreram experiências dolorosas e violentas devido a um conflito armado histórico que permanece sem solução ou envolto em um silêncio tenso. Esta pesquisa reúne narrativas de infância de jovens que vivenciaram deslocamento forçado e outros atos de violência. Eles não fazem parte das estatísticas ou dos relatos oficiais porque, juntamente com suas famílias, optaram por não se declararem vítimas, mas sim por se empoderarem como indivíduos ou grupos ativos, por meio de formas alternativas de reconstruir suas próprias vidas. Esses seis jovens, nascidos entre 2000 e 2005, são hoje estudantes da Universidade de Los Llanos, a única universidade pública da região. Eles superaram seus medos e os transformaram em histórias de infância, junto com suas famílias, em meio a silêncios, suspiros e lágrimas ocasionais que brotam de memórias dolorosas.

O objetivo é problematizar a noção moderna de *infância rural*, carregada de epítetos como vítima, privada, inocente, sofredora, sem brincadeiras, trabalhadora, sem direitos, que negligenciou tanto iniciativas políticas e educacionais quanto o exercício efetivo de direitos, insuficientes em um contexto de guerra.

A pesquisa adota uma perspectiva qualitativa, com uma abordagem hermenêutico-narrativa em que a narrativa é o método que permite explorar e investigar memórias de violência, especialmente as de pessoas que vivenciaram o deslocamento forçado. Essas experiências se transformaram em palavras, gestos e narrativas individuais e coletivas. São infâncias que, embora resultem em privações de espaços, brincadeiras e questionamentos, também foram moldadas pela exploração de seus próprios espaços para brincar, compartilhar e vivenciar o território de outras maneiras, mesmo que esses espaços pertencessem a diferentes grupos armados. Nas narrativas, a história ilumina o olhar e traz de volta o sorriso; assim, os jovens e suas famílias alcançam, por vezes, o que o cantor e compositor da epígrafe professa: “desafogar ódios e fortalecer amores”.

Palavras-chave: memória; infância; população rural; guerra; migração

Introducción

Aunque ser infante en medio del conflicto armado rompe lo bucólico de la infancia, Silvio Rodríguez logra, con su canción “El reparador de sueños”, situar al niño y a la niña en un *summum*³ esperanzador cuando les reconoce herramientas que posibilitan destejer odios y tejer amores. Colombia se empeña en la guerra, desconoce e ignora su infancia y construye así su propia destrucción, porque no crea un presente y, por supuesto, un futuro con sentidos de apropiación en la memoria de los niños y niñas. Los intentos de reconciliación que se han dado en los procesos de paz se diluyen en narrativas de guerra y violencia que difunden y ejercen quienes se empeñan en los odios y rencores. Hay negación de la dimensión del conflicto; en muchos lugares se ocultan los muertos y las prácticas violentas cual alfombra mágica sobre el dolor de las víctimas, pero esa tragedia se hace visible cuando se abren espacios de escucha. Hay dolores sin tramitar.

El acto de educar, como dice Skliar (2017), es un acto de conversación, de escucha. Por ello, en el aula universitaria basta una referencia sobre el conflicto armado en los municipios de la Orinoquía para que los y las jóvenes, entre los 18 y 25 años, como interlocutores, se estremezcan y, de manera espontánea, con voz trémula, irruman diciendo: “Mi mamá me cuenta que cuando yo tenía dos años ...”; “Mis papás me sacaron de la vereda cuando tenía tres años...”; “A mi papá, a mi tío se lo llevaron...”; “En mi casa no se hablaba hasta que un día yo les pregunté a mis padres y comenzaron a llorar”.⁴ Luego, el aula se vuelve silente, emperne, perenne; hay presencias, los ojos se miran, ya no somos los mismos, ahora somos cómplices, así como lo describe Jelin (2023), cuando la conversación toma un rumbo, el de “los sufrimientos y dolores *privados* que rebalsaban el ámbito íntimo y se volcaban a las calles” (p. 10a, énfasis propio); ya el dolor es compartido, se siente en el espacio porque lo subjetivo se desplaza hacia lo intersubjetivo; hay complicidades con sus propios simbolismos. Lo que Jelin llama “la dialéctica individual/ subjetividad y sociedad/pertenencia” (p. 11b); la palabra se vuelve necesaria y colectiva.

El desplazamiento forzado, la desaparición forzada, la tortura, el secuestro, el reclutamiento de jóvenes y niños, las tomas guerrilleras, los enfrentamientos bélicos, las violencias sexuales, la esclavitud y un sinfín de formas de violencia forman parte de la guerra y afectan la dignidad humana al punto que anublan la emocionalidad y la capacidad de reacción. Así lo narra Benjamín (2016) en el caso de Psaménito, rey de los egipcios, quien, tras ser derrotado y humillado por Cambises, rey de los persas, ve a su hijo camino al cadalso y a su hija en condición

////////////////////

3 En latín: grado máximo, no se puede superar.

4 Notas de clase: Universidad de Los Llanos, Licenciatura en Educación Infantil (2018-2022), Práctica infancias y Diversidad (VII semestre); Práctica: Infancias, Escuela y maestro (II semestre).

de esclava, sin que su padre manifieste reacción alguna hasta que observa a su criado, “anciano, humillado y empobrecido” (p. 59a), en la fila de prisioneros.

Psaménito se derrumba y entonces irrumpe en llantos y lamentos. Benjamín utiliza la metáfora para ilustrar el grado de descomposición emocional que hace que la manifestación del padre “se asemeje a las semillas de grano que, milenariamente encerradas en las cámaras de las pirámides al abrigo del aire, han conservado su poder germinativo hasta nuestros días” (p. 59b). Basta un impulsor, en medio de la tragedia o luego, para que se provoque la expulsión del dolor de quien ha pasado por la agonía de lo inhumano.

El silencio es presencia. Se observa en los soldados que vuelven de la guerra, dice Benjamín (2016), y también persiste en los jóvenes y sus familias, maestros y habitantes de municipios recorridos. Es, tal vez, el riesgo de perder el intercambio de experiencias a través de la narración, como posibilidad propia de la especie humana. Entonces, no son solo los soldados a quienes se refiere el autor; también las otras víctimas entran en mutismo. Cuando hay conversa, el silencio grita, rompe el espacio; aun en medio de los relatos, las entrevistas, los encuentros, los jóvenes también se silencian y se encubren a través de él, con sus padres, hermanos, amigos y vecinos. Recordar transforma la mirada, devuelve el miedo y se hace presente tanto en lo que se dice como en lo que se calla; está prohibido, porque reactiva riesgo. La guerra acecha.

La guerra deviene en mutismos; los espacios de confianza se difuminan, todo cambia y nada vuelve a ser lo mismo. Lo cotidiano, lo cercano, lo propio, la experiencia —como la llama Benjamín— ya no se relata, y se pierde la posibilidad de juntarse para contar, reír y recrear lo sucedido. En la guerra y después de ella es preferible olvidar, aunque olvidar no es posible; por eso, es mejor no hablar, o negar, o callar. Aun así, se insiste en la conversa como acto necesario de reexistencia; cuando es posible, algo cambia: los cuerpos se conectan, se relajan, las miradas se hacen cómplices y, poco a poco, a la manera de Ricoeur (2010), la palabra y la narración se tornan liberadoras, porque lo individual se comparte y se vuelve colectivo. Es un acto reparador; la memoria tiene ese don de sanación. Así lo expresa la Comisión de la Verdad (ICV, 2022a), que la reconoce como parte fundamental del proceso de reconciliación.

Es el miedo presente, la evocación de presencias que irrumpieron en lo cotidiano con violencia, en medio de la noche, en el fragor de la fiesta o en los espacios íntimos, y se apropiaron de los cuerpos de los otros, humillando y violentando la condición humana. Es “el presente en el pasado” (Ricoeur, 2010). Aunque la narración entreteje los tiempos pasado, presente y futuro que se espera, en el relato que se repite una y otra vez, dice Vásquez (2015), “hay un juego de la memoria cruel por momentos” que insiste en volver. “Memorias subterráneas, objetos del pasado, fantasmas silenciosos” (p. 49).

De otro lado, en el encuentro de sujetos que se narran, de acuerdo con la hermenéutica de Ricoeur, la narración no es solo un vehículo para expresar la subjetividad emocional, sino que, al narrar, la experiencia dada en un tiempo y espacio adquiere su propia coherencia y unidad. Así, se configura una identidad narrativa personal. Por ello, los rostros van cambiando, los cuerpos se hacen más leves y aparece lo que Ricoeur (2010, p. 48) llama *memoria feliz*, convertida en encuentro y remembranza, que constituye una intercesión entre el interior y el exterior, como afirma el autor.

Para Benjamín (2016), se trata de la *comunicabilidad*, que requiere de dos hechos simultáneos y complementarios: “el de la narración de los hechos y el de la escucha” (p. 14). Esto pareciera lógico desde las estructuras comunicativas, pero no resulta real cuando se ha atravesado por eventos que implicaron tales grados de violencia; el silencio, en estos casos, se perpetúa y, en el ámbito familiar, se constituye en un pacto a manera de protección. Así, hablar y conversar adquieren un carácter emancipatorio, tal como lo expresa la Comisión de la Verdad⁵ en el ejercicio de recuperación de la memoria:

5 Las siglas de Informe de la Comisión de la Verdad, en adelante ICV.

Así entendimos que ver a los ojos es una forma de escuchar. Que dedicar tiempo sincero a una persona es una forma de amar, reconocer y dignificar. Quizá lo que nos ha faltado como nación, además de escuchar, es dedicarnos tiempo. Escuchar es por sí mismo un acto reparador en un mundo de afanes, metas y estadísticas. (icv, 2022a, p. 23)

Escuchar a los y las jóvenes que están en el sistema educativo y que han vivido la violencia propia del conflicto armado en su infancia es un compromiso ético, político y social de la institucionalidad; callar, ignorar y no poner este asunto en la discusión pública ha hecho que no se confronten ni cuestionen los actores de la guerra y que, durante años, esta siga presente hasta perpetuarse. Cuando se realiza el ejercicio de preguntar o buscar información en los municipios, encontramos, con sorpresa, que en los mismos territorios donde la violencia fue exacerbada los jóvenes manifiestan no conocer esa historia o que no se encuentra suficiente información y, en algunos casos, incluso niegan que haya existido conflicto armado. Esto crea también cisuras en el interior de las familias, pues se ocultan a los jóvenes esas realidades o se les apartó, desde muy pequeños, de sus lugares de origen con el fin de protegerlos. En el fondo, las familias que permanecieron guardan en los cofres del dolor la ruptura de los lazos tejidos en sus municipios, cuando aún eran muy jóvenes y estaban llenos de sueños.

Estudios previos que aportan a la comprensión de la relación infancia-memoria en el marco del desplazamiento forzado en el conflicto armado

Los comienzos del siglo XXI resultan fundamentales para la legislación colombiana en favor de la infancia, pues las organizaciones sociales se aglutinan y promueven la protección como eje fundamental de una política pública, dados los impactos del conflicto armado. Varias investigaciones abonan el camino para pensar en los estragos de la guerra y sus afectaciones —por violencia directa e indirecta— en la infancia. Se abre el debate en torno a la vulneración de derechos constitucionales desde la gestación, por lo que se crea la Ley de Primera Infancia: Ley 1098 de 2002, Código de Infancia y Adolescencia. Aun así, todavía no se hace explícita la relación entre infancia y conflicto armado. La memoria, entonces, se abre camino y cobra un lugar protagónico, pues se hace visible la víctima, quien puede dar testimonio, narrar y aportar al análisis del fenómeno como eje investigativo en la academia y en los centros de investigación. Algunos ejemplos se citan a continuación:

El **Centro Nacional de Memoria Histórica (2013)**, en el informe *¡Basta Ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad*, acopia parte de la historia de cincuenta años de conflicto armado y centra la mirada en la población civil desde la perspectiva de las víctimas no combatientes. Delinea, entre otros aspectos, los orígenes y las mutaciones de los grupos armados, así como el ejercicio sistemático de violaciones a los derechos humanos, en ausencia de un sistema judicial que pusiera en el centro a la víctima y contemplara algún tipo de reivindicación frente a los impactos físicos, psicológicos, sociales y económicos en individuos y colectividades.

El testimonio de las víctimas constituye un ejercicio de memoria que se resalta en el capítulo cinco; allí se recuperan relatos de violencias vividas con el fin de promover el reconocimiento del sufrimiento, pero también de posibilitar un enfoque integral que permita mirar, con sentido de realidad, los impactos e injusticias que conllevan las violaciones a los derechos humanos, para proyectar así alternativas de reparación que conduzcan a la dignificación de los sujetos y a la no repetición.

Por otro lado, la investigación “Implicaciones del sufrimiento en niñas, niños y adolescentes víctimas del conflicto armado para pensar la memoria y la reparación en clave intergeneracional: apuestas conceptuales”, de **Arias y Roa (2015)**, desarrolla su trabajo desde una perspectiva investigativa con enfoque diferencial y de derechos, a partir de una recopilación documental entre los años 2012 y 2014, que incluye políticas, discursos y ejercicios de memoria con adolescentes víctimas del conflicto armado en Colombia. Los autores reflejan allí las maneras como los jóvenes piensan el sufrimiento y hacen una reconstrucción de la memoria que se acerca, de manera conjunta, a reflexionar sobre formas de reparación. Su análisis se basa en el papel vivido de niños, niñas

y adolescentes (NNA) como víctimas del conflicto armado durante los años 1985 hasta el 2015, a la luz de la Ley de Víctimas 1448 de 2011.

Esta condición de víctima de NNA, allí presente, permite reconocer el sufrimiento y valorar la memoria y sus formas de recolección como documentos de experiencias, desde una perspectiva intergeneracional y diferencial de los sujetos, orientada a una reparación individual y familiar en entornos particulares, solidarios y educativos. Es un llamado al reconocimiento y a la valoración de las historias de sufrimiento, rencor y dolor de NNA, y, en especial, de aquello que la investigación denomina *dolores no narrados*. El ejercicio se basa en la participación dialógica de familias, instituciones escolares y sistemas judiciales, con el fin de evitar la revictimización y dar paso a ejercicios de resistencia que abran caminos de reivindicación para jóvenes y familias.

La memoria es allí “recordación, narración y testimonio”; se constituye en un factor determinante frente a la resistencia al olvido; un ejercicio de poder que se traduce en formulaciones para demandar reivindicaciones ante los organismos pertinentes, orientadas a la transformación del dolor en hechos de justicia social, justicia restaurativa y justicia transicional, basados en hechos y reparaciones morales reales. Así, la memoria se configura como acción ética y política que conduce a la reconstrucción de la paz y de la dignidad humana de las víctimas.

De otro lado, y frente a las narrativas de infancia, (Ospina, et al., 2018) elaboran una investigación titulada “Subjetividades políticas de la primera infancia en contextos de conflicto armado: narrativas colectivas de agencia”. Desde el constructivismo social, los autores promueven las narrativas colectivas para configurar memoria colectiva y, a su vez, subjetividades políticas en niños y niñas de primera infancia (3 a 6 años) y en sus entornos familiares y comunitarios. Los niños y niñas no son allí solo receptores del cuidado, sino que se les reconoce su capacidad de agencia.

La investigación se estructura desde un enfoque narrativo hermenéutico, a partir de talleres creativos que involucran la lúdica, el arte y la expresión corporal con niños y niñas, educadores y educadoras, madres, padres, hermanas y miembros de organizaciones sociales que vivieron el conflicto armado en diferentes zonas de Colombia.

Los niños y niñas son sujetos políticos en la medida en que expresan sus relaciones con diferentes actores y son capaces de construir alternativas de solución a problemas de violencia. Desde la narración, además, erigen sentidos de vida y plantean salidas a las crisis que han vivido con perspectivas de paz. La investigación otorga un lugar central a la memoria, puesto que se resignifica en las narrativas colectivas, en las que se evidencian, entre otras, experiencias de cuidado y restablecimiento de tejidos sociales a partir de la construcción de solidaridades individuales y en entornos escolares, familiares y comunitarios. La narración trasciende lo doloroso y se orienta hacia apuestas de resistencia, aprendizaje y reivindicación, por lo que se transforma en acción política.

1999 y 2005, años del nuevo siglo. Las cifras aumentaron ante silencios inquietantes

Aunque no se pretende realizar un análisis exhaustivo del conflicto armado, es preciso considerar el periodo 1999-2005, pues corresponde al lapso en el que nacen o viven su primera infancia los jóvenes que hoy asisten a la universidad y que actualmente tienen entre 19 y 23 años. Unicef (2001) denominó a esta generación de niños y niñas como la primera generación nacida en el siglo XXI, que, en ese momento, en vastas regiones rurales de Colombia, enfrentaba problemas históricos de exclusión, violencia derivada del conflicto armado, desigualdad en el acceso a servicios básicos, pobreza, precariedad en el servicio educativo y desempleo de los progenitores, así como escaso acceso a la tecnología y ausencia de vías terciarias que facilitaran el transporte de provisiones y la movilidad del campesinado. Además, y más grave aún, en los albores del nuevo siglo el conflicto armado se redefine en el marco de una política antidrogas impuesta por los Estados Unidos, lo que recrudece la violencia y

pone en riesgo a la población infantil y juvenil y, en general, a los habitantes rurales que, en muchos casos, se ven obligados al desplazamiento forzado.

Así, el advenimiento del nuevo siglo irrumpe con hechos que profundizan y reorientan el conflicto armado en Colombia con nuevos matices que se suman, sin atender las causas estructurales de inequidad en el goce de derechos del campesinado, víctima más directa. En la Orinoquía colombiana (Figura 1), cuya población es mayoritariamente rural, se enfrenta un recrudecimiento marcado por hechos como los siguientes.

En 1998, el presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, inicia un proceso de negociación con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo (FARC-EP)⁶ y declara una zona de distensión en cinco municipios del sur del país, con sede de los diálogos en San José del Caguán, departamento del Caquetá. En 1999 se rompen las negociaciones con la guerrilla FARC-EP; la guerra escala y municipios como La Uribe, Mapiripán, Mesetas, La Macarena, Vista Hermosa y San José del Caguán son retomados por el Ejército en medio de fuertes enfrentamientos. Los paramilitares, tras el anuncio del cese de los diálogos, enfilan su dominio por el río Atrato y se toman poblaciones como Bojayá, donde las FARC obligan a la población a refugiarse en la iglesia y detonan allí dos cilindros, con un saldo de muertos cuyas imágenes dantescas el país siempre recordará como uno de los hechos más crueles y dolorosos, ocurrido en mayo de 2002 (GMH, 2010).

El departamento del Meta enfrenta una avanzada paramilitar en Puerto Elvira, Mapiripán: “El Bloque llanero que incluía los frentes del Ariari, Guaviare y el piedemonte llanero” (CNMH, 2013, p. 172) avanza y 17 campesinos son asesinados como estrategia de terror para evitar el despliegue de las guerrillas tanto de las FARC como el ELN hacia esas zonas. Los enfrentamientos se producen en disputa por el territorio, con presencia abierta del paramilitarismo y en ausencia casi total del Estado y sus fuerzas de protección.

Varios hechos determinan los rumbos del conflicto, como se evidencia en el Informe de la Comisión de la Verdad (2022). Otros informes, como los del Centro Nacional de Memoria Histórica (2009), informe *¡Basta Ya! Colombia, memorias de guerra y dignidad* (2013), definen las acciones del Estado en este panorama. El historiador César Torres del Río (citado por Señal Memoria, 18 de marzo de 2002) precisa tres puntos de quiebre en esos años: el primero, el Plan Colombia, año 2000, como apoyo militar de Estados Unidos en la lucha contra las drogas y la insurgencia; el segundo, la campaña de “guerra contra el terrorismo” tras el atentado a las torres gemelas en el 2001; y el tercero, la elección como presidente de Álvaro Uribe Vélez, con una concepción beligerante de confrontación que crea un escenario de hostilidad defensiva dentro del conflicto armado. Se promueve la idea de un terrorismo transnacional para descalificar y no reconocer la existencia de un conflicto armado.

De otro lado, con el fortalecimiento de los grupos paramilitares y el dominio ganado en los departamentos Meta, Córdoba y Antioquia, se estructuran alianzas orientadas a asegurar el dominio territorial y consolidar la potestad sobre las tierras destinadas al cultivo de la coca, lo que dio lugar a lo que se llamó la *parapolítica*.

Se consolidan, además, tácticas de guerra que recrudecen el conflicto y lo tornan más cruel; se popularizan incentivos para las fuerzas del Estado que derivan en eufemismos como *falsos positivos*, consistentes en la muerte de ciudadanos presentada como bajas en combate a cambio de estímulos económicos y laborales. Hechos de esta crueldad conducen a la muerte de numerosos jóvenes, exhibidos como guerrilleros abatidos en combate, así como a personas dadas por desaparecidas. En 2008, tras la denuncia de madres y familiares, se desata un escándalo que pone en la escena pública esta práctica deplorable, la cual, no obstante, se prolonga durante algunos años del siglo XXI.

6 Organización armada guerrillera en insurgente en Colombia, fundada en el año 1964 y se desmovilizaron en el marco del proceso de paz a partir del año 2016.

Los diálogos fallidos con los grupos guerrilleros derivan en la persecución de los grupos paramilitares contra la población civil, con especial énfasis en líderes de derechos humanos, negociadores, jueces, jóvenes indígenas y afrodescendientes, testigos de masacres y población en condición de desplazamiento forzado. Se imponen, además, leyes en los territorios bajo su control que, entre otras restricciones, obligan a los jóvenes a resguardarse en sus casas muy temprano, prohíben reuniones en calles o lugares públicos y limitan la libertad para decidir sobre el propio cuerpo, los comportamientos o las expresiones artísticas.

Una situación que ilustra esta dura realidad es la operación Orión, en Medellín, Colombia:

Decenas de heridos, civiles muertos y el desplazamiento de numerosas familias fue parte del resultado en los combates de la Comuna Trece, entre milicianos de las guerrillas y miembros del Ejército y la Policía en la denominada Operación Orión. Medellín, octubre de 2002. (CNMH, 2013, p. 265)

A lo largo del territorio colombiano, esta situación se repite con señalamientos de distinta índole, no solo como informantes de uno u otro grupo —guerrillero o paramilitar—, sino también en prácticas como el reclutamiento forzado, el secuestro y la extorsión, que azotan al país en la alborada de un nuevo siglo. Según el *Legado de la Comisión de la Verdad, el Informe final en cifras* (ICV, 2022b, pp. 61-63): “En homicidios, la década con más víctimas está entre 1995 y 2004; desaparición forzada, 1985 y 2016; secuestro, 2002 y 2003; reclutamiento, 2000 al 2003; desplazamiento forzado, 1995 al 2002”, año en el que se registra el mayor número de personas. Los años señalados para este estudio corresponden al periodo en el que se intensifica la violación de derechos humanos en el marco del conflicto armado: “En el 2000 se presentó el pico más alto con 1320 víctimas; luego 2002 con 1305 víctimas, y 2003 con 1253 víctimas” (ICV, 2022c, p. 136).

En Colombia son muchas las generaciones que han nacido y crecido en medio del conflicto armado. La voz de la Infancia narra vívidamente las experiencias sobre el reclutamiento infantil, el abandono y la fractura familiar durante la guerra, que afectaron las vidas de muchos, hasta su adultez. (ICV, 2022d, párr. 13)

Es importante señalar que entre 2004 y 2006, durante el gobierno de Uribe, se adelantó un proceso de desmovilización con las llamadas Autodefensas Unidas de Colombia (AUC),⁷ grupo armado paramilitar que, en realidad, no se implementó en su totalidad, pues no todos sus integrantes se acogieron. Algunos fueron extraditados posteriormente, otros se reconfiguraron en nuevos frentes con apoyo del narcotráfico, disputándose los territorios y sembrando el terror en connivencia con grandes cultivadores y ganaderos. La práctica del desplazamiento forzado se intensificó con el fin de apropiarse de tierras para usarlas en el cultivo de coca o en la conformación de hatos ganaderos en territorios cuyos dueños fueron obligados a abandonar o vender a muy bajo precio para salvar la vida de todo el grupo familiar. Los campesinos abandonaron sus parcelas y las zonas rurales comenzaron a reconfigurarse.

Para cuando se produjo la reelección de Uribe, las AUC estaban desarmadas. Sin embargo, había dos asuntos pendientes que no estaban resueltos: la integración a la vida civil y la contribución al desmonte del narcotráfico. El primer punto dependía del marco jurídico que se aprobó para juzgar los delitos de guerra y lesa humanidad que habían cometido. El segundo, de acuerdos y traiciones sobre los que hasta hoy subsisten pactos de silencio. (ICV, 2022a, p. 488)

7 Grupo paramilitar en Colombia, creado oficialmente en 1997 y desmovilizado en el marco la Ley de Justicia y paz en el año 2006.

Figura 1.
Colombia. Biocarbono, Orinoquía, paisajes sostenibles bajos en carbono



Nota: los colores resaltados corresponden a los departamentos que conforman la región de la Orinoquía colombiana: Meta, Vichada, Arauca, Casanare.

Fuente: Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural (s. f.).

La historia de esos años en Colombia está marcada por sombras de oscuridad que pretenden nublar lo sucedido; sin embargo, la memoria y los documentos que se han venido recopilando nos acercan a la comprensión o, al menos, al reconocimiento de hechos que abren camino hacia la no repetición.

En este panorama surgen preguntas en torno a los y las jóvenes que nacieron o han vivido en la región de la Orinoquía. ¿Es posible una reconfiguración de su historia y tomar el rumbo académico para, tal vez, no repetir la historia o, por el contrario, ignorarla y sobrevivir en medio de un pasado que, por momentos, se empeña en volver? Estos, entre otros, fueron los detonantes que dieron lugar a algunas preguntas de investigación: ¿Cómo agenciaron en su infancia las vivencias relacionadas con el conflicto armado los jóvenes estudiantes de la Universidad de los Llanos? ¿Qué tienen que decirnos los jóvenes de comienzos del siglo XXI sobre sus infancias en medio de la guerra? ¿Qué nociones de infancia y familia han construido luego de ser impactados por experiencias dolorosas? ¿Cómo agenciaron sus propios miedos e impactos producidos por el terror de hechos violentos? ¿De qué sirve narrar y qué ha hecho cada uno con sus recuerdos? ¿Qué noción de país y de infancia rural en medio del conflicto han construido?

Infancias rurales. Una aproximación a las realidades

Se abordan desde la diversidad y en relación con el territorio; existen infancias campesinas, indígenas, afro y raizales, con la certeza de que no es posible hablar de una sola infancia que habita lo rural, sino desde la apuesta de una construcción conceptual móvil y cambiante, derivada de consideraciones culturales, locales y contextuales. Hablamos de infancias rurales en el marco del desplazamiento forzado por el conflicto armado colombiano, puesto que los y las jóvenes entrevistadas, cuando eran niños y niñas, vivían en zonas rurales de la Orinoquía. Se reconocen, además, sus vivencias como niños y niñas campesinas, cuyas experiencias en estos lugares corresponden a tareas encomendadas por los adultos y propias de las labores agrícolas o del medio rural, como ordeñar, apartar el

ternero, contribuir al mantenimiento de la huerta, cuidar a los animales, rociar los cultivos, recolectar leña, llevar comida de un lugar al otro o hacer mandados, entre otras.

Por lo tanto, la noción de infancia rural no se deriva de una dicotomía entre lo rural y lo urbano, pues ello reduciría las características de las niñeces en el análisis situacional. Según **Marco (2018)**, la infancia rural corresponde a “niños cuyas vidas fueron signadas por un estilo de vida “de campo” y con inserción productiva en la empresa familiar” (p. 215). Sin embargo, no se trata de una idea bucólica de la infancia rural, pues también está atravesada por privaciones y condiciones de vulneración de derechos fundamentales en los territorios rurales, como el escaso acceso a condiciones básicas, la dificultad de desplazamiento para llegar a lugares como la escuela; en algunos casos, la práctica de castigos tradicionales y arcaicos que ponen en riesgo a los niños y niñas; además, la exposición al peligro que implica estar en medio de un conflicto armado como el de Colombia, con el riesgo latente de ser reclutados por grupos armados o de encontrarse en medio del fuego cruzado.

Para **Carneiro y Sandroni (2019)**, es preciso comprender las niñeces rurales desde sus contextos sociales y culturales específicos, puesto que están íntimamente marcadas por sus condiciones de vida en el campo y por los trabajos que realizan con la familia y la comunidad. La niñez rural participa en distintos ámbitos naturales y territoriales, lo cual define o da sentido a sus estructuras culturales, sin que las autoras desconozcan las vulneraciones en el cumplimiento de derechos básicos que los niños y niñas enfrentan en el ámbito rural.

Las narrativas de los y las jóvenes sobre sus infancias rurales dibujan estas condiciones contextuales: los alimentos que consumen en familia, lo que siembran, los juegos que encuentran a su paso, aquello que expresan con gran alegría cuando el río crece, se forma barro y los caminos veredales se transforman en deslizadero;⁸ también cuando construyen sus casas con piedras y palos. Los trabajos en el campo les son encomendados por sus padres; recorren largos caminos espantando perros y culebras y, en medio de todo, aprenden a conservar el territorio con su labor. Conocen e identifican el peligro y lo enfrentan; saben de senderos, caminan casi siempre a gran velocidad y su sentido de orientación es absoluto.

Estas son solo algunas de las características que podrían acercarnos a lo que se entiende por infancia rural, sin que, como se ha dicho, se pretenda definirla, pues ello limitaría su comprensión y, de alguna manera, implicaría el riesgo de estigmatizar o de establecer comparaciones con los niños y niñas que viven en ámbitos urbanos y que cuentan con otros bienes y servicios. Abordarla desde lo que hacen, son y viven permite recrear la infancia rural; es reconocer sus capacidades propias y la construcción simbólica que elaboran en sus vivencias territoriales.

La relación memoria-narración y olvido. Una danza posible

La memoria es, pues, más que el recuerdo; es temporal y sutil por momentos, ingrata, resistente, discontinua; llega y se va, necia, vuelve, persiste, pero siempre presente. Se presume tiempo, añoranza, vida, desilusión, desesperanza; recuerdo doliente, grato, ingrato... maldito porque retorna y duele, voluntarioso; tiene vida propia con ritmo, tiempo y espacio, como la danza.

En ese espectro, la memoria se asume en avenencia con la narrativa porque no solo implica descripción de hechos sucedidos en el marco del conflicto armado, sino que aquietta y trae a sí los espacios, tiempos y acontecimientos que se expresan en emociones propias de la narración. Así, el sujeto que narra se enfrenta a momentos emocionales diversos y, también, a la irrupción de dudas sobre lo narrado; cuando alguno de los recuerdos está pasando por el olvido, se detiene la narración. Entonces, la memoria es también olvido; hace presencia y es fenomenológica, dice **Ricoeur (2010)**, porque

//////////

8 Juego que en algunas partes se conoce como rodaderos.

no son disfunciones [de la memoria], sino como el reverso de la sombra de la región ilustrada de la memoria, que nos une a lo que ocurrió antes de que hiciéramos memoria de ello... nos acordamos de lo que hicimos, sentimos o aprendimos, en una circunstancia particular. [Así,] el deber de la memoria es no olvidar, es la búsqueda del pasado. (pp. 43 y 51)

La narración y su vínculo con el recuerdo constituyen una apuesta emancipatoria, en la medida en que enfrentan la historia y crean senderos que ponen en relación el terror y el olvido, como relación necesaria para la protección del sujeto o la sujeta que narra frente a lo que causa el recordar. Así, el olvido reconfigura el camino para continuar.

Sin embargo, narrar los actos de violencia se torna también emancipatorio y beligerante frente a la historia hegemónica que niega o ignora a la víctima, en una cultura del olvido donde existe el riesgo de imponer un único relato de la violencia y la guerra, desconociendo los hechos y, de paso, revictimizando a los jóvenes o a los niños mediante eufemismos o la perpetuación de silencios. Se posiciona “el no olvidar, como una acción ética”, dice Jara, citando a **Pakman (2011)**, “no solo por la justicia, sino porque la narración es un objeto de revisión en la arena social” (p. 26).

Así pues, la memoria es poder y se disputa, como dice **Jelin (2023)**; existe una tensión entre temor al olvido y la presencia del pasado, aunque ambos sean simultáneos. Por ello, en la narración es preciso reconocer como legítimos tanto los recuerdos como los olvidos, que se manifiestan en actos de silencio y en gestos. Es una danza de saberes y sentires... “y hay además huecos y fracturas” (p. 32), causados quizá por el dolor y el impacto que dejan los hechos de extrema violencia, lo cuales sobrepasan los basamentos éticos de los individuos que los sufren. En la narración se describen hechos, no siempre de manera secuencial, porque los tiempos se traslapan; sin embargo, evocan sentires y circunstancias propias de la guerra, que impactan al ser narradas, con gestos de terror, asombro, horror y, por momentos, con silencios que recrean los hechos y pueden transformarse en lágrimas.

La memoria implica igualmente una relación con el tiempo, y no se trata de un tiempo signado por fechas, números, nombres, héroes y heroínas, sino de una trasposición de temporalidades no lineales, más bien superpuestas, dependientes de las experiencias vividas por los sujetos. **Jelin (2023)** lo explica del siguiente modo:

Ubicar temporalmente la memoria significa hacer referencia al “espacio de la experiencia” en el presente. El recuerdo del pasado está integrado, pero de manera dinámica, ya que las experiencias incorporadas en un momento dado pueden modificarse en períodos posteriores. (p. 35)

Podríamos afirmar, entonces, que la memoria, en relación con la narración, es pasado, presente y futuro; es “triple presente”, dice **Ricoeur (2004)**. Es pasado en el recuerdo; presente en la narración, pues está impregnada de emociones que se manifiestan en el acto de narrar; y, a la vez, es futuro, en cuanto se inscribe en el orden subjetivo de los proyectos que el sujeto emprende para poder vivir con aquello vivido, que no desaparece y se proyecta en el no repetir, en el huir, en el soñar con volver —de otra manera— al lugar de la infancia o al sitio que debió abandonar por el desplazamiento forzado. Es la añoranza que no cesa y que, cuando es posible, se vuelve lágrima. Aquí el tiempo es presente, como bellamente lo expresa **Ricoeur (2004)**, citando a **Cernere**:⁹ “Predecir es prever y narrar es ‘discernir con el espíritu’” (p. 48).

La memoria es también individual y colectiva; individual, porque el sujeto discierne y discrimina los hechos, los integra en su construcción identitaria, se asume víctima o se emancipa desde sus recuerdos; los organiza, los clasifica y los confronta en la narración con otros y otras; les otorga identidad en la narración al imprimir detalles a los sucesos y situarlos en tiempos y lugares. Los sustenta y corrige en la conversación colectiva (**Ricoeur, 2004**).

9 La cursiva es del autor.

En este interludio, ¿qué podrían ser las memorias de infancias?

Existen muchas maneras de ser infante, de ahí el uso del plural. Más allá de la perspectiva desarrollista propia de la biología y la psicología, la asumimos desde la sociología y la historia, en calidad de sujeto histórico-social, cambiante y en construcción permanente, que dialoga con la cultura, la tecnología y las representaciones sociales que se tejen a su alrededor y que derivan en prácticas educativas, sociales, individuales y colectivas. Se trata de tomar distancia de las ideas adultocéntricas de niñez cálida, inocente, tierna semilla de cuidado, imagen derivada de la modernidad como símbolo institucional, separado de la cultura y la familia.

En contraparte, se propende por una noción de infancias con preeminencia en el plano social, a la manera de **Pavez (2012)**, quien reconoce y enfatiza la sociología de la infancia como disciplina que aporta a la comprensión y asunción de los niños y las niñas como actores sociales que participan activamente y se diferencian de los adultos, razón por la cual, en muchas ocasiones, sus acciones sociales no son reconocidas o se minimizan.

En cuanto a las memorias de infancia, se trata de hechos inscritos en el tiempo que, al narrarse, son pasado, pero también presente, porque todos los jóvenes entrevistados cambiaron el tono y la expresión cuando los recuerdos de infancia afloraban: algunos desde la sonrisa; otros desde el suspiro; muchos con ojos húmedos que hablaban; en otros, las pausas eran necesarias en. Diríamos, a la manera de **Ricoeur, citando a san Agustín (2004)**, que “Narración —diremos— implica memoria y previsión, espera. Pero ¿qué es recordar? Es tener una imagen del pasado. ¿Cómo es esto posible? Porque esta imagen es una huella que dejan los acontecimientos y que permanece marcada en el espíritu” (p. 49).

Podríamos decir, entonces, que en el caso de la infancia, cuando se rememora, se trata de un recuerdo y, por tanto, está implícita la subjetividad de quien narra. Al hablar de la infancia aparecen muestras de nostalgia y, con el recuerdo, emergen los lugares, las sombras, los juegos, las formas, los juguetes, los olores, los animales, los amores y desamores, y las otras personas con quienes se compartieron los hechos vividos, incluso si ocurrieron en el marco del conflicto armado; pocas veces se narra en solitario, pues siempre hay un otro o una otra. También se suspira por la ausencia del paisaje, del cuidado, de aquello que quedó atrás, pero que permanece presente en tanto duele.

Es, por tanto, lo que **Jelin (2023)** denomina la *temporalidad de la experiencia*, propia de la subjetividad humana, “vinculada a unidades políticas y sociales de acción, a hombres concretos que actúan y sufren, a sus instituciones y organizaciones. La experiencia es un pasado presente, cuyos acontecimientos han sido incorporados y pueden ser recordados” (**Koselleck, 1993, como aparece en Jelin, 2023, p. 34**). El acento de la investigación está puesto en los recuerdos de infancia; algunas experiencias se mencionan con precisión, mientras que otras quedan definitivamente en el olvido, aunque se recrean en los diálogos colectivos con quienes vivieron la infancia en el mismo lugar y se encargan de reír en colectivo; se hacen cómplices en lo narrado.

Así las cosas, la memoria trasciende la idea de trauma, pues posiciona al sujeto niño-niña en la acción frente a la crisis, no en condición de minoridad, sino en el sentido de la participación como acción real en medio del desplazamiento forzado. Los niños y niñas ayudan a cargar objetos, protegen a sus hermanos, esconden a los menores, cargan el perro, el gato o la gallina, llevan sus juguetes y los enseres, como el caracol que carga auestas su refugio. El niño y la niña son aquí sujetos narradores de múltiples historias para contar, a la luz de **Jelin (2023)**, “otras memorias e interpretaciones alternativas y subterráneas en la resistencia en el mundo privado, en las *catacumbas*” (p. 27, énfasis propio). Son esos otros a quienes hay que escuchar, porque tienen sus propias formas narrativas.

Nos atreveríamos a preguntar: ¿es la misma infancia que se vive la que narra? Tal vez no. Sin embargo, lo innegable es que son las emociones las que están presentes por la indiscutible nostalgia que conlleva la infancia vivida. No se trata aquí de insistir en la manida idea de la infancia rota que evocan los relatos de la guerra; se trata

de situar al niño y la niña que vivieron hechos de violencia, pero que se instalaron en otro lugar: el de la agencia. En palabras de Liebel *et al.* (2024), “los niños y niñas aparecen como actores con nuevas formas individuales y colectivas de agencia (protagonismo infantil), como niños y niñas en movimiento que intervienen y cambian las condiciones de sus vidas” (p. 22). Son vidas en emergencia que los movilizan hacia propuestas, aun en medio de las crisis. Son protegidos, pero también protegen a otros y otras.

¿Quién narra: el joven, la joven, el niño, la niña? Tal vez ambos, fundidos en añoranzas.

Parecen así enlazarse en una relación particular, donde la imagen evocada se plasma en el presente de la enunciación trayendo consigo una carga afectiva que lo transfigura: como toda memoria, es siempre presente. Y ese volver sobre la infancia no es inocuo; hay allí una búsqueda de sentidos que se enfrenta a menudo con imágenes de contorno incierto —¿Recordemos escenas o fotografías, lo hemos vivido o nos lo han contado?— vacilaciones que confirman, una vez más, que nuestra vida no nos pertenece por entero y que nuestra historia, sobre todo en esa primeridad de la existencia, se entrama en la mirada y la palabra de los otros. (Arfuch, 2019, p. 80)

Sin embargo, es importante reconocer algunos aportes de la ciencia biológica en relación con la memoria, en cuanto esta se inscribe en el cerebro. Como lo establece Jara (2019), el cerebro posee plasticidad, como la vida misma, y en ese sentido reconoce diversas escalas de la memoria: la *protomemoria*, donde se ubica el orden social (Piaget, Érikson, citados por la autora); la *protoidentidad* (Bengoa, 2004, citado en Jara, 2019); la *memoria de alto nivel* o consciente (Candau, citado por la autora), en la que se inscriben las fechas, eventos y personas. Esta última es, en cierto modo, episódica y enciclopédica, y aporta al registro del mundo simbólico. Además, se encuentra la *metamemoria*, que, según la autora, es la más consciente; en ella hay un análisis externo que se expresa y se conecta con la *protomemoria* para ser actuada (p. 36). Todo ello constituye un proceso dinámico que se conecta con el sistema nervioso central.

Podríamos, entonces, reafirmar que la memoria posee estadios que permiten depurar el recuerdo o situarlo en un lugar de sombras que puede ser el olvido; este, si se requiere, puede ser voluntario o no, pero permite tener unos estadios que se transforman en acciones, sentimientos, valores y fuerzas. Ya en la infancia se percibe la acción de un sujeto político y, además, un agente en la selección de sus recuerdos. Lo que hicieron los niños que hoy son jóvenes estudiantes fue tramitar los dolores, pasarlos por los estadios de la memoria —hay que decirlo— en compañía de alguien, y agenciar el dolor para llegar al lugar en el que hoy se encuentran: la universidad.

Los jóvenes de la Orinoquía colombiana entre el período citado

Los estudiantes entrevistados y algunas de sus familias mencionan de manera reiterada el hecho del desplazamiento forzado como una de las vivencias más frecuentes en el marco del conflicto armado; dos de las familias narran que este hecho ocurrió en dos y hasta en tres ocasiones en diferentes municipios del departamento del Meta. Se trata de una forma de revictimización en medio de la guerra. El desplazamiento forzado, como práctica constante de la guerra, fue recurrente en los municipios de donde son oriundos algunos de los estudiantes (Puerto Lleras y San Martín). En estas circunstancias, solo uno de los estudiantes y su familia figuran el registro de víctimas, mientras que los otros —de un total de seis— no están inscritos en el Registro Único de Víctimas (RUV).

El desplazamiento forzado en el marco del conflicto armado, así como la situación de las víctimas reconocidas o no por el RUV (Ley 1448 de 2011), constituye una manifestación de la violencia histórica en Colombia. Se trata de colombianos y colombianas que han repoblado el país en cada rincón geográfico. Algunas de las familias entrevistadas manifiestan que hicieron el registro alguna vez, pero nunca fueron convocadas o reportadas; otras decidieron no registrarse para evitar la revictimización. En sus propias palabras: “Contar lo sucedido muchas veces

ante uno o más funcionarios que ni lo conoce a uno, y ni siquiera lo mira" (F1)¹⁰ parece no tener ningún sentido o no reviste importancia, porque la vida debe seguir construyéndose.

Narrar un hecho que ha impactado el conjunto de la condición humana en tiempo y espacio resulta perturbador. Tal como lo muestra Ricoeur (2010), frente a la narración de experiencias violentas, estas, al ser narradas, pueden tornarse "confusas, informes y en el límite, mudas" (p. 50), sin embargo, en la medida en que sean narradas, es posible que vayan adquiriendo nuevos significados.

En ese sentido, una familia en condición de víctima requiere procesar su dolor; puede hacerlo a través de la narración o para poder narrarlo. Cuando se narra, se generan también resignificaciones; no obstante, este proceso difícilmente se produce en una institución cuyo interés inicial es el registro, pues allí predomina un carácter jurídico más que psicológico o social. Algunas familias que viven o anticipan ese proceso se niegan y renuncian paulatinamente a reclamación política de sus derechos, al priorizar la reconfiguración de la vida cotidiana; así, renuncian también a su lugar de origen o incluso a la condición de víctimas, hasta ocultar ese reconocimiento mediante el silencio sobre hechos de violencia que las han marcado, pero que laten en la memoria: "O es como un estigma, no sé; las familias desplazadas, como les dicen, no se les miraba bien, se les discriminaba. Yo no quería eso para mis hijos" (F3). Se trata, asimismo, de un gesto de dignidad.

La Ley 387 de 1997, por la cual se adoptan medidas para la prevención del desplazamiento forzado, la atención, protección, consolidación y estabilización socioeconómica de los desplazados internos por la violencia en la República de Colombia, define en su artículo 1 a la persona en condición de desplazamiento como

aquella que se ha visto forzada a migrar dentro del territorio nacional abandonando su localidad de residencia o actividades económicas habituales, porque su vida, su integridad física, su seguridad o libertad personales han sido vulneradas o se encuentran directamente amenazadas con ocasión de cualquiera de las siguientes situaciones: Conflicto armado interno; disturbios y tensiones interiores, violencia generalizada, violaciones masivas de los Derechos Humanos, infracciones al Derecho Internacional humanitario u otras circunstancias emanadas de las situaciones anteriores que puedan alterar drásticamente el orden público. (p. 2)

Esta ley reconoce, además, derechos como solicitar y recibir ayuda humanitaria internacional, la no discriminación por su condición, la reunificación familiar, el acceso a soluciones definitivas a su situación, el regreso a su lugar de origen y la libre circulación. Asimismo, traza una serie de responsabilidades para el Estado en cuanto a la generación de condiciones de convivencia, equidad y justicia entre los colombianos, lo que implica un papel preventivo frente a la violencia o, en su defecto, la protección y atención de las personas en situación de desplazamiento forzado. En 2012 se creó el Sistema Nacional de Atención Integral a la Población Desplazada por la Violencia, que posteriormente, en el marco del proceso de paz, se denominó Sistema Nacional de Atención y Reparación Integral a las Víctimas.

Según el Departamento Administrativo Nacional de Estadística¹¹ (DANE, 2005), el movimiento poblacional en Colombia por causa del desplazamiento forzado entre los años 2000 y 2005 (Tabla 1) se concentró en el rango de edad de los veinte años, con un impacto en desplazamiento del 40%. Este dato resulta alarmante si se considera que las personas en ese grupo etario constituyen una población económicamente productiva y con mayor fuerza de trabajo. Muchos de ellos eran padres, madres o tíos de los estudiantes que hoy asisten a la universidad y conservan parte de la memoria de lo sucedido en aquellos años.

10 La F, corresponde a familia y la E a estudiantes, de ahora en adelante.

11 Es la entidad encargada en Colombia de hacer el registro estadístico poblacional y sus condiciones en perspectiva de cumplimiento de derechos y condiciones de vida.

Tabla 1.
Movilidad y desplazamiento forzado en Colombia a partir del censo general 2005

Grupos de edad	Total Nacional				Total población con cambio de residencia				Población con cambio de residencia asociado con la violencia			
	Hombres	Mujeres	Ambos	Índice de Masculinidad	Hombres	Mujeres	Ambos	Índice de Masculinidad	Hombres	Mujeres	Ambos	Índice de Masculinidad
0 a 14	15,72%	15,01%	30,73%	105	14,16%	13,80%	27,96%	103	16,09%	15,57%	31,66%	103
15 a 19	4,76%	4,72%	9,49%	101	4,50%	5,18%	9,69%	87	5,52%	5,18%	10,70%	107
20 a 24	4,30%	4,48%	8,78%	96	5,17%	6,06%	11,23%	85	4,58%	4,23%	8,81%	108
25 a 29	3,84%	4,07%	7,91%	94	5,15%	5,75%	10,90%	90	4,03%	4,10%	8,13%	98
30 a 49	12,51%	13,68%	26,19%	91	14,45%	14,74%	29,19%	98	13,46%	13,80%	27,25%	98
50 a 64	5,05%	5,54%	10,59%	91	3,73%	3,89%	7,62%	96	4,82%	4,31%	9,13%	112
65 y más	2,86%	3,45%	6,31%	83	1,54%	1,88%	3,42%	82	2,27%	2,04%	4,32%	111
Total	49,04%	50,96%	100,00%	96	48,70%	51,30%	100,00%	95	50,77%	49,23%	100,00%	103

Nota: el censo poblacional del año 2005 muestra un alto grado de movilidad por violencia de los pobladores y se señala la edad entre 0 y 14 años como la de más alta frecuencia.

Fuente: DANE (2005, p. 17).

Tabla 2.
Colombia, estimaciones de la migración 1985-2005 y proyecciones 2005-2020. Nacionales y departamentales

EDAD	1985-1990		1990-1995		1995-2000		2000-2005		2005-2010		2010-2015		2015-2020	
	HOMBRES	MUJERES	HOMBRES	MUJERES	HOMBRES	MUJERES	HOMBRES	MUJERES	HOMBRES	MUJERES	HOMBRES	MUJERES	HOMBRES	MUJERES
0-4	-114	-166	-105	-192	-6	193	495	414	584	458	623	488	670	525
5-9	-378	-480	-388	-465	861	1.137	1.532	1.389	1.510	1.368	1.611	1.460	1.733	1.570
10-14	-378	-419	-386	-416	620	813	1.323	1.570	1.304	1.421	1.391	1.516	1.496	1.631
15-19	-418	-903	-423	-932	767	3.056	881	860	836	803	892	857	959	922
20-24	-952	-1.112	-975	-1.140	3.412	3.807	600	804	618	796	659	849	709	913
25-29	-894	-704	-899	-719	2.395	1.402	1.289	1.327	1.193	1.324	1.273	1.413	1.370	1.520
30-34	-573	-305	-570	-325	1.030	27	978	1.007	1.033	1.141	1.102	1.217	1.186	1.309
35-39	-330	-191	-322	-208	363	-111	914	870	1.006	1.020	1.073	1.088	1.154	1.171
40-44	-223	-195	-216	-200	280	143	731	530	815	684	870	709	936	762
45-49	-114	-124	-107	-127	147	119	551	517	568	562	606	599	652	645
50-54	-123	-30	-114	-34	277	-30	349	319	326	328	348	350	374	377
55-59	-66	-8	-61	-12	164	-47	321	269	284	252	303	269	326	289
60-64	2	3	-3	-4	-20	-46	226	249	222	231	237	246	255	265
65-69	5	32	5	27	-28	-117	159	215	146	176	156	188	168	202
70-74	28	21	31	26	-108	-102	127	166	105	126	112	134	120	145
75-79	2	13	2	13	-10	-60	104	57	82	65	88	69	94	75
80-Y+	15	20	13	20	-30	-44	84	93	50	57	54	61	58	65
Total	-4.511	-4.548	-4.518	-4.688	10.114	10.140	10.664	10.656	10.682	10.792	11.398	11.513	12.260	12.386

Nota: la tabla resalta la movilidad interna en Colombia, años 2000 a 2010, y rangos de edad en el departamento del Meta.

Fuente: DANE (2018, p. 8)

Ahora bien, según el Censo Nacional de Población y Vivienda de 2018, realizado por el DANE, el proceso de emigración e inmigración interna desde el departamento del Meta hacia otros departamentos, así como la movilidad desde otros departamentos hacia el Meta y la Orinoquía (Tabla 2), asociada a los desplazamientos derivados del conflicto armado, presenta una frecuencia constante y una mayor concentración hacia el departamento del Meta, especialmente hacia la ciudad de Villavicencio, capital del departamento y sede de la Universidad de Los Llanos.

Tabla 3.
Principales orígenes de los inmigrantes en Villavicencio desde otros municipios del Meta

INFORMACIÓN PARA TODOS

Principales orígenes de los inmigrantes
en Villavicencio desde otros municipios de Meta



Divipola	Municipio	Inmigrantes 12 meses
50006	Acacias	289
50313	Granada	268
50573	Puerto López	215
50568	Puerto Gaitán	140
50606	Restrepo	128
50226	Cumaral	116
50689	San Martín	74
50711	Vistahermosa	67
50350	La Macarena	56
50680	San Carlos de Guaroa	51

Divipola	Municipio	Inmigrantes 5 años
50006	Acacias	1.059
50313	Granada	794
50573	Puerto López	688
50568	Puerto Gaitán	529
50226	Cumaral	344
50606	Restrepo	330
50689	San Martín	306
50711	Vistahermosa	250
50680	San Carlos de Guaroa	169
50577	Puerto Lleras	139

Nota: la Tabla 3 presenta cifras del último censo poblacional del DANE (2018), en un promedio de 5 años.

Fuente: DANE (2018, pp. 18-19).

Las **Tablas 2 y 3** del Censo 2018 muestran un movimiento poblacional en el departamento que se mantiene, aunque no en la misma proporción que en los años estudiados (2000-2010), es decir, en los comienzos del nuevo siglo, periodo en el que nacieron los jóvenes que hoy asisten a la universidad y cuyas familias, según los relatos, tuvieron que emigrar a causa del conflicto armado; y, si no migraron —como ocurrió con una de las familias—, se enfrentaron a los grupos armados, ejerciendo resistencias a pesar del miedo y de las presiones. Los municipios donde se realizó el reconocimiento están en las **Tablas 2 y 3**; en comparación con la **Tabla 1**, se observa un descenso en la movilidad. No obstante, es preciso señalar que la población concentrada en los municipios, en los centros poblados y en las zonas de *ruralidad dispersa*¹² para el censo del 2018 es mucho menor, lo que también dificultó la ubicación de las familias de los estudiantes seleccionados.

Sobre lo metodológico

La investigación se aborda desde el paradigma de investigación cualitativa, con enfoque narrativo de orden hermenéutico, que entiende la narrativa como método para dar lugar a lo que **Ricoeur (2010, p. 79)** denomina los *usos del lenguaje*. Narrar suscita un juego temporoespacial que permite seleccionar los hechos y organizarlos en el acto mismo de la narración, para convertirlos luego en textos, como acción propia de una investigación de carácter dialéctico, puesto que no se realiza solo por parte del investigador, sino con y en el sujeto investigado; en palabras del autor, “todo lo que se cuenta sucede en el tiempo, arraiga en el mismo, se desarrolla temporalmente” (2010, p. 79).

La narración se convierte en vivencia en la medida en que se expresa en el lenguaje oral o corporal y se ensambla —dice el autor— en una trama que reelabora la realidad: un tanto real, un tanto ficción, como efecto de la distancia entre lo vivido y el relato. En consonancia con **Aponte (2017)**, si el investigador escoge parte de

¹² Así denomina el DANE a las zonas rurales de los municipios. Antes denominado, *resto*.

la vida del sujeto a investigar, el resultado es de orden narrativo y no estrictamente biográfico, pues se trata de narraciones dispuestas en una secuencia cronológica, con tiempos y espacios determinados, vinculadas a las experiencias de la infancia de los y las participantes.

Además del tiempo, la narración ondea por los espacios físicos que, en su conjunto, son los territorios habitados, signados, leídos y transformados. Esto implica reconocer en los relatos la importancia de los lugares, los otros y otras, las personas, las cosas, los juguetes y juegos, los animales que vienen a ser parte de la construcción intersubjetiva dada en la interacción humana y que se dieron en el marco de los hechos de violencia. Es historicidad del sujeto infantil, hoy sujeto juvenil reconfigurado en la relación con la cultura, la familia, la escuela, los y las otras niñas, los espacios encontrados, los caminos recorridos si hubo desplazamientos a otros lugares donde se inició una y otra vez una y otra forma de apropiación territorial.

Se configura, así, una comprensión no solo del fenómeno social de la violencia, sino del desplazamiento forzado (si lo hubo) o de la pérdida de otros y otras, de cosas, espacios, linealidades en la vida cotidiana; de animales y paisajes que, en su marcha o en el habitar otro lugar, se reconfiguran y adquieren nuevos significados en el tiempo y en las nuevas cotidianidades, que no siempre reemplazan, sino que, en algunos casos, se convierten en añoranzas. Así, cuando se narran los recorridos, sucede lo que Ricoeur (2000) llama la *espiritualidad del discurso*: acciones vividas que son narradas y luego escritas como opción de liberación y, a la vez, de esperanza, puesto que se abren posibilidades de nuevos mundos que aportan también otras dimensiones subjetivas. En sí, otros agenciamientos que también son territorialidades del ámbito de la infancia.

De esta manera, fue necesario, en un primer momento, ubicar a seis estudiantes —cuatro mujeres y dos hombres, nacidos entre el 2000 y el 2005—, a quienes se les hicieron entrevistas semiestructuradas, desarrolladas a profundidad en tiempos y espacios decididos por ellos y ellas. Se precisó de tiempos y espacios suficientes para la generación de cercanías que rompieran las asimetrías de poder y que pretendían un poco de cronología en el relato. Los estudiantes seleccionados son quienes, en momentos de aula informales u otros espacios académicos, logran hablar o lanzar frases sensibles que, por interés investigativo, figuran en diarios de clase de la investigadora cuando se aborda el conflicto como eje temático necesario para la reflexión; igualmente, en conversaciones informales, en visitas de campo o prácticas a lugares donde hay un ejercicio de memoria, como el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación en la ciudad de Bogotá.¹³

En un segundo momento se realiza desplazamiento a los lugares de origen de los estudiantes para hacer el mismo ejercicio de entrevistas grupales e individuales a las familias de los estudiantes, según el consentimiento informado. Dos de las entrevistas fueron grupales y dos individuales. Las familias vivieron hechos de violencia y se recoge el relato colectivo como elemento fundamental para la caracterización de hechos de violencia en la Orinoquía. Esta fase dificulta el proceso porque las familias, por momentos, se resisten a ser entrevistadas o se niegan a conversar sobre lo ocurrido; en algunos casos fue precisa una mediación a través de los estudiantes para generar confianza. Una familia se negó a ser grabada.

Se visitaron dos municipios: Puerto Lleras y San Martín, Meta, para recorrer algunos de los lugares que vieron crecer a los estudiantes, entablar conversación con algunos de sus amigos, reconocer los lugares de juego, pasar por el colegio donde estudiaron, hablar con algunos vecinos y, además, recorrer lugares de tragedia que siguen a manera de museo y cuya aura denota muerte y desolación.

En Puerto Lleras, por ejemplo, hablar de la historia del municipio, según atestiguaron algunos de sus habitantes, es hablar de la primera y segunda toma guerrillera (1999, 2000). “En la primera toma, nosotros perdimos casi todo

13 Un espacio institucional Estatal, en la ciudad de Bogotá, Colombia, dedicado a la preservación histórica del conflicto armado en el país.

porque el negocio estaba cerca a la estación de policía. Eso fue un estruendo terrible, luego los helicópteros, los llantos, ¡ay no!, usted puede ver cómo quedó eso...” (F2).

La visita a los municipios permite constatar que las ruinas perviven en el tiempo como testigos fieles de la memoria. En uno de los recorridos, nos detuvimos allí acompañados de jóvenes que, con alegría, se empeñan en resucitar su municipio. Conmueve escuchar sus relatos, constatar que eso ya no existe y, al mismo tiempo, percibir la esperanza de que es posible vivir en el municipio; algunos se han negado históricamente a abandonarlo.

Ante a la pregunta “¿alguna vez pensaron irse?”, la respuesta fue contundente, con luces en los ojos: “¿Y para dónde, profe?, si aquí tenemos todo; aquí sembramos el presente y el futuro de nuestros hijos; aquí está mi padre que es campesino y no sabe hacer otra cosa. Mi hermana sí se fue luego de la primera toma. Yo no; si quieren que me lleven a mí...” (F2).

En un tercer momento metodológico, las entrevistas grabadas se transcriben y se someten a análisis desde dos perspectivas: la literalidad del relato de cada uno de los participantes y las recurrencias de los relatos o puntos comunes. En una matriz de doble entrada, ambos permitieron generar categorías de análisis en el ámbito social, cultural, educativo y familiar en relación con el tránsito y el territorio, para aportar a la caracterización en tiempo y espacio en el marco del conflicto armado, específicamente a los ojos de los niños y niñas que fueron.

Un cuarto momento tiene que ver con la escritura y el análisis de los datos y la triangulación que permite construir unas conclusiones y recomendaciones con la esperanza de que conduzcan al reconocimiento de la situación que han vivido los jóvenes de la región de la Orinoquía. Se espera, además, que sensibilicen a la comunidad académica sobre quiénes son los jóvenes que construyen una universidad-región y cómo reconfiguran su noción de infancia desde las agencias, y no desde las carencias que los y las sitúan en otros lugares como maestros —cinco de los entrevistados estudian para ser maestros y maestras—.

Los hallazgos no como fin, sino como un camino por recorrer

Narrar no tiene fin; es la posibilidad de volver sobre lo sucedido. No es el fin del camino; es un acto humano: convoca, hace cómplices; aun en la asimetría o relación profesor-estudiante se vuelve acto puramente humano; el dolor y el recuerdo hacen cómplices. Por ello, la relación o ejercicio de poder, si lo hubo, se diluye en el curso de la conversa. Nos hicimos un poco aliados, compañeros; nos miramos a los ojos porque somos el mismo país que duele. Fue algo así como lo expresado por Han (2024): “Las historias, al fomentar la capacidad de empatía, crean vínculos entre las personas” (p. 16), y esas historias —dice el autor— surgen en la narración porque hay tiempos reales que la atraviesan. Se viven en el presente, se evoca emocionalmente el pasado y se sana para posibles futuros, y no es precisamente en solitario.

Por ello, las narrativas de infancia son retos sociales y culturales, porque no hay tiempo de narrar; los jóvenes, en tiempos contemporáneos, se enfrentan a lo que Han (2024) ha denominado *marea de narrativas efímeras* (p. 15), puesto que, en perspectiva del autor, aquellas narraciones que implicaban tiempos, oídos atentos, emociones cruzadas, son reemplazadas por información como consumo efímero, rápido, fugaz, superficial o que no requiere de la memoria y, así, de la experiencia que ha de convertirse en historia.

Aun así, en medio de la futilidad en la que puede caer la violencia y la historia del conflicto en el país, detenerse para tocar la fibra del recuerdo en los jóvenes y también en las familias es el rescate de lo común, la *comunidad*, porque el dolor no es individual, es compartido. Así fueron llegando más jóvenes que se interesaron en el propósito, porque especialmente las víctimas ya no se ocultan y es posible trascender hacia lo liberador. Los demás, si escuchan, también crean lazos de solidaridad y se piensan otras formas de relación en las familias. Una de las

familias que visitamos expresó que nunca un profesor se había interesado por lo que había vivido su hija o ellos como grupo familiar, ni siquiera en el mismo municipio.

Entonces, la relación estudiante-maestro también puede ser potente, porque el poder cede ante la narración, ante la comprensión de hechos de violencia en la infancia. Merma la idea de la culpa que ronda esa condición de víctima, expresada en otro familiar. Estrechar la mano y compartir el pan posiciona la narración en el lugar de la solidaridad y el juicio va cediendo ante la mirada cómplice del otro.

De las cuatro familias entrevistadas, solo una se registró ante la Unidad de Víctimas en el año 1998, sin que hasta la fecha haya sido reconocida. Otra realizó el registro al salir del territorio; una más enfrentó a los grupos armados y se negó a ceder a la extorsión, mientras que otra familia continúa pagando lo que denominan *vacunas*, esto es, una cuota mensual en dinero que los grupos armados exigen a comerciantes, ganaderos u otros trabajadores.

La economía de algunos de los municipios en el Meta gira en torno al cultivo de coca, situación que permanece en los relatos. Algunos habitantes llegaron atraídos por esa dinámica económica y, posteriormente, al conformar familias y tener hijos, sintieron el rigor de la violencia y se trasladaron a otros municipios o a la capital, Villavicencio.

Sabíamos que la Muela¹⁴ era el encargado de reclutar; siempre se paraba en esa esquina, todos sabíamos, entonces mi mamá estaba pendiente, hasta que dijo que no, que mi hermana y yo nos teníamos que ir porque había escuchado que mi hermana ya estaba *volantona*¹⁵ y ella sabía para qué lo decía. Entonces, nos tocó irnos para Cali, allá tenemos familia. Luego cuando todo se tranquilizó un poco, volvimos, porque este es mi territorio. (E6)

Hay municipios como San Martín cuyos habitantes niegan el conflicto. Entablar una conversación alrededor de lo ocurrido es muy difícil y surgen barreras en la comunicación cuando se aborda el tema. Las entrevistas a los estudiantes se desarrollaron fuera del municipio y las conversaciones con familiares fueron muy cortantes, limitadas, con respuestas breves y en medio de una tensión que mostraba resistencia. Especialmente una dejó ver, por ejemplo, que la vida para ella fue muy difícil, con un papá muy drástico. Se trata de una niña campesina que tuvo que trabajar desde muy pequeña y que no pudo ir a la escuela por ayudar en la finca (F3).

Los relatos marcan unas recurrencias en las familias como símbolos para entender y asumir que un grupo u otro llegaba al municipio:

Los vecinos o el que se diera cuenta o escuchara el runrún, avisaba: ya vienen, vienen, salgan. Teníamos lista la maleta porque cuando eso pasaba tocaba coger los chinitos y la maleta e irnos a refugiar al hospital, porque sabíamos que ese lugar era sagrado; allá no se metían ni disparaban. Allá durábamos hasta una semana; por eso tocaba llevar lo necesario. Cuando llegaban, escuchábamos el tiroteo, luego los helicópteros; eso era de toda una noche. Además, cuando llegaban los unos nos reunían en el parque y daban unas órdenes, y luego llegaban los otros y daban otras, y así. De pronto se llevaban a algún vecino; sabíamos que ya no lo volvíamos a ver. (F1)

Estos relatos muestran distintas maneras de permanecer unidos, de protegerse y, sobre todo, de resguardarse del terror. A su lado, surgieron otras dinámicas o estrategias de protección, como los desplazamientos al interior del mismo municipio. Cuando se pregunta a los jóvenes si recuerdan algunas de estas vivencias, no evocan hechos muy específicos. Sin embargo, todos los entrevistados expresan que sienten mucho miedo ante el sonido de los helicópteros, que les cuesta subirse a un avión y que la pólvora les produce pánico.

En relación con las formas de socialización como niños y niñas en medio del conflicto y con los peligros presentes en las zonas rurales, al recordar que tenían amigos y que jugaban con ellos cuando eran pequeños, el rostro se

14 Sobrenombre que recibía uno de los combatientes.

15 En la región o en los municipios visitados, así se denomina a las niñas de entre 12 y 13 años que inician su desarrollo biológico hacia la adolescencia y que comienzan a establecer relaciones y a asumir cierta independencia.

ilumina y expresan: “Por eso quería volver y vuelvo cada vez que puedo, aquí está mi parche”¹⁶ (E5). Comparten un video en tiempos de invierno, cuando todo se vuelve barro y fango; allí, en un rodadero improvisado, con poca ropa, se deslizan en medio del lodo y las risas invaden el sonido del video. La alegría se ensombrece cuando comentan: “No sabíamos que era un campo minado” (E5).

Hay un relato que sobresale en el proceso de socialización de la infancia en territorios en guerra y que marca un punto de comprensión sobre lo que los niños y niñas, en su configuración como sujetos sociales, tendrían para decir frente a lo que implica ser comunidad. En medio de la conversación surgen preguntas como: ¿ustedes se consideran víctimas, siendo niños, en el marco del conflicto armado? o ¿recuerdan algún hecho que en la infancia les haya marcado en relación con ser niños o niñas, jugar, compartir, estar con otros y otras? Sin dudar, por ejemplo, una familia responde: “Claro, nada de bicicleta, debían estar muy temprano en casa; la vida transcurría entre el colegio y la casa...” (F2). Uno de los estudiantes entrevistados cuenta:

Nosotros vivíamos en otro municipio; al lado vivía una familia de un paramilitar, éramos vecinos y a mí no me dejaban jugar con ese niño; estaba prohibido, pero nosotros nos las arreglábamos para jugar. Nos pasábamos de una casa a otra por un hueco que había y comunicaba las dos casas porque nos gustaba mucho estar juntos. Jugábamos sin que se dieran cuenta. Luego nos fuimos de ahí porque a mi mamá le daba miedo que hubiera un tiroteo o algo así. Me dolió mucho que me separaran de mi amigo. (E4)

Hay dos formas de narrar la infancia en los anteriores relatos. Una es la de la familia protectora que ve el peligro en cada movimiento, evidente por el estado de tensión en el que vivían los municipios. Otra es la del joven que fue niño y guarda en su memoria los tiempos de juego. Además, a partir de las memorias individuales impresas en las narrativas, se van necesitando memorias sociales y se crean sentidos críticos frente a lo instituido. Se trata del sentido pedagógico de la memoria, dice Jara (2019), que se narra y se recrea en el juego de los niños y ahora, que son jóvenes, se vuelve soporte para el sentido social y cultural; se convierte en el relato intencionado, es decir, en la comprensión de lo absurdo de la guerra. La autora menciona que la evocación del recuerdo, en la narrativa, se vuelve memorable, construye un sentido a su pasado, materializa y pone en escena su recuerdo (p. 40).

Por tanto, es principio ético y político hablar de lo sucedido, así como retomar trabajos importantes que dan sentido y significado a lo que los jóvenes guardan en la memoria sobre lo que vivieron en la infancia o lo que vivieron sus familias. Conversar sobre lo ocurrido es un camino que puede sanar un país que aún no encuentra o no se pone curitas donde la herida aún sangra. Dice la misma Jara que es preciso “enseñar a las generaciones para salvaguardar el sentido de identidad” (p. 44), sobre todo la identidad colectiva que ha de reconstruir un tejido social donde quepamos el conjunto de los colombianos y no en el vacío que nos deja la guerra.

Las memorias de infancia, presentes en los relatos de la guerra, aportan a la comprensión de los sujetos infantiles más allá de las vulneraciones —sin que estas se nieguen— y constituyen también una vía para comprender otras acciones que los niños y niñas emprenden por iniciativa propia en medio del conflicto armado. Estas memorias posicionan al sujeto infantil en otros lugares: en los de la participación activa, efectiva e independiente, lejos de la dominación adultocéntrica.

La infancia se configura como soporte para la comunidad. Los niños y niñas son capaces de protegerse cuando perciben el peligro, ayudan a los mayores en sus desplazamientos, conocen lugares que funcionan como escondites y, por momentos, su aparente fragilidad se transforma en alternativa para los grupos. Sin embargo, en los relatos se perciben también los riesgos que vivieron los jóvenes cuando eran niños, pues en las zonas de guerra los grupos

16 Expresión que utilizan los jóvenes en Colombia para referirse a sus amigos o a sus seres más queridos o cercanos.

armados circulan de un lado a otro, no se esconden de la población ni distinguen entre niños o adultos. Por ello, su presencia se normaliza, como lo expresa una estudiante:

Y allá sí era muy normal. O sea, para mí, cuando yo llegué acá, yo me acuerdo que en el salón uno siempre habla con los otros niños y me acuerdo que alguien dijo: es que nosotros fuimos a la finca; o sea, del otro lado iban unos guerrilleros, que no sé qué, y entonces yo pregunté qué, cómo sabía; entonces dijo: no, pues porque iban de negro, iban con botas, y yo, pues allá donde yo vivía, en la finca, todo el mundo iba con botas y de negro y con fusiles; o sea, uno salía con las botas y uno iba a hacer mercado o a comprar y eso, y pues era muy normal verlos caminando y tomando. (E5)

Los relatos tanto de los estudiantes como de las familias giran en torno a hechos violentos que, de alguna manera, marcan la cronología en la historia; es decir, describen quiebres o rupturas, cambios o toma de decisiones a partir de hechos violentos que se vivieron: “Antes o después de la toma”, “Antes o después de la moto bomba”, “Antes o después del despeje” y, además, que están relacionados, en la totalidad de los relatos, con las tomas guerrilleras o paramilitares o los enfrentamientos que, de acuerdo con la ubicación geográfica, se daban a los dos lados del río.

De otro lado, la guerra y los procesos de conciliación se enfrentan con los recuerdos cuando se encuentran con personas que fueron parte del conflicto y, de alguna manera, procesan sus propios recuerdos, los de sus familias y los de infancia. En las familias donde hay comunicación y se habla de los hechos violentos, viene un proceso de enfrentamiento de los dolores o resquemores que pudieron dejar, en un momento dado, los hechos violentos. Uno de los jóvenes entrevistados lo cuenta de esta manera:

Me trae un recuerdo de eso porque justamente en enero nos estábamos bañando en el lago y yo miré que quedó así frío, y nos estábamos bañando, riendo y divirtiéndose; había gente, era verano y le pregunté: ¿qué pasó?, ¿vamos para la casa o qué? Me responde: es que sí, ve el señor calvito que está atrás; sí, sí, ya lo vi; él fue el que mató a mi hermano, él fue un guerrillero y él fue el que lo mató; y pues yo lo sentí así, sentí la impotencia con que lo dijo y justo estaba literalmente a unos dos metros de nosotros; yo estaba en el kayak¹⁷ y nos quedamos así, mirando a las nubes como pensando, y ya el guerrillero estaba pues con su familia, estaban de paseo en el lago, y eso siempre le da algo, aunque yo no lo viví, pero lo sentí.

Y también sentí lo que mi papá sintió y lo que expresó, porque él no es muy expresivo, pero uno ya, con tanto tiempo al lado, conoce cuando le afecta. Él quedó así, como congelado; así como nos estábamos riendo, estábamos nadando, estábamos cansados, entonces ya estábamos descansando y estábamos echando cuento cuando él lo miró y ya como que le cambió su semblante. (E4)

Esto hace pensar en la necesidad de procesos de reconciliación al interior de las familias y de considerar a los jóvenes desde sus narrativas del conflicto: lo que recuerdan, lo que les implicó siendo niños y niñas. Los habitantes que regresan a los municipios y a las zonas rurales se enfrentan con esos recuerdos. Por ello, las narrativas en perspectiva histórico-social son fundamentales para la reconfiguración del tejido social con enfoque histórico-pedagógico.

Lo no dicho, como se menciona en el título, no implica olvido; corresponde más bien a “la experiencia” (Benjamín, 2016; Ricoeur, 2010; Agamben, 2018), necesaria en los procesos de memoria. No se trata de meras fechas, nombres o lugares en los mapas, sino de lo vivido y lo sentido que la narrativa evoca: aquello que se vislumbra al decirlo —el olor, la forma, el sonido—, así como los paisajes y las ruinas de la guerra que, en algunos municipios del departamento del Meta, permanecen como monumentos que intentan esconderse, cual vestigios entre la hierba, pero que se resisten a desaparecer, como los propios recuerdos de sus habitantes.

17 Canoa fabricada por las comunidades para navegar en los ríos.

Referencias

- Agamben, G. (2018). *Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia* (7.a ed.). Adriana Hidalgo Editora.
- Aponte, R. (2017). Hermenéutica y ciencias sociales: a propósito del vínculo entre la interpretación de la narración de Paul Ricoeur y el enfoque de investigación biográfico-narrativo. *Análisis*, 49(90), 205-228. <https://doi.org/10.15332/s0120-8454.2017.0090.09>
- Arfuch, L. (2019). *La vida narrada. Memoria, subjetividad y política*. Editorial Universitaria Villa María.
- Arias, R. y Roa, C. (2015). Implicaciones del sufrimiento en niñas, niños y adolescentes víctimas del conflicto armado para pensar la memoria y la reparación en clave intergeneracional: apuestas conceptuales. *Prospectiva. Revista de Trabajo Social e Intervención Social*, 20, 115-140.
- Bengoa, J. (2004). Identidad, memoria y patrimonio. En E. Restrepo (comp.), *Instantáneas locales. Actas del Seminario sobre Patrimonio Cultural* (pp. 88-95). Asociación Latinoamericana de Antropología.
- Benjamín, W. (2016). *El narrador*. Metales Pesados.
- Carneiro, M. y Sandroni, L. (2019). Tipologías e significados do "rural": Uma leitura crítica. En S. Pereira-Leite y R. Bruno (coords.), *O rural brasileiro na perspectiva do século XXI* (pp. 43-68). Garamond.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2013). *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Imprenta Nacional. <http://www.centro-dememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2013/bastaYa/basta-ya-colombia-memorias-de-guerra-y-dignidad-2013.pdf>
- Comisión de la Verdad (ICV). (2022a). *Hay futuro si hay verdad: Informe final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la no Repetición* (1.ª ed.). Comisión de la Verdad.
- Comisión de la Verdad (ICV). (2022b). *Principales cifras: Informe final*. <https://web.comisiondelaverdad.co/actualidad/noticias/principales-cifras-comision-de-la-verdad-informe-final>
- Comisión de la Verdad (ICV). (2022c). *No es un mal menor: niñas, niños y adolescentes en el conflicto armado* (t. 8). Comisión de la Verdad.
- Comisión de la Verdad (ICV). (2022d). *Colombia adentro: relatos territoriales sobre el conflicto armado*. Orinoquía (t. 11, v. 9). Comisión de la Verdad.
- Congreso de la República de Colombia. (8 de noviembre de 2006). *Ley 1098 de 2006: Por la cual se expide el Código de la Infancia y la Adolescencia*. do: 46 446. http://www.secretariassenado.gov.co/senado/basedoc/ley_1098_2006.html
- Congreso de la República de Colombia. (10 de junio de 2011). *Ley 1448 de 2011: Por la cual se dictan medidas de atención, asistencia y reparación integral a las víctimas del conflicto armado interno y se dictan otras disposiciones*. do: 48 096. https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma_pdf.php?i=43043
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE). (2005). *Censo general 2005*. <https://www.dane.gov.co>
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE). (2018). *Censo nacional de población y vivienda 2018*. <https://www.dane.gov.co>
- Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef). (2001). *Estado mundial de la infancia 2001: Primera infancia*. Unicef. https://www.mineducacion.gov.co/1759/articles-177828_archivo_pdf_estado_mundial_infancia_UNICEF.pdf
- Grupo de Memoria Histórica (GMH). (2010). *Bojayá: la guerra sin límites*. Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación y Ediciones Semana.
- Han, B.-C. (2024). *La crisis de la narración*. Herder.
- Jara, I. de la. (2019). *Culturas de infancias: otros lugares donde habita la memoria*. Universidad Finis Terrae.
- Jelin, E. (2023). *Los trabajos de la memoria*. Fondo de Cultura Económica.
- Koselleck, R. (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Paidós.
- Liebel, M., Martínez, M. y Markowaska, U. (2024). *Las infancias desde el Sur Global: resistencias, investigación participativa y desafíos descoloniales*. El Colectivo y Bajo Tierra.
- Marco, C. de. (2018). Las (pequeñas) manos que trabajaron la tierra: vida infantil y recuerdos en el periurbano rural de Buenos Aires (Argentina, 1950-1960). *Temáticas*, 26(51), 215-248. https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/177086/CONICET_Digital_Nro.35fa92a4-dd41-4d2c-9c32-dc93eb1d3cc2_R.pdf?sequence=5&isAllowed=y
- Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural. (s. f.). *Biocarbono Orinoquía: Paisajes sostenibles bajos en carbono*. Gobierno de Colombia. <https://www.biocarbono.org>
- Ospina, M. C., Alvarado, S. V. y Fajardo, M. A. (2018). Subjetividades políticas de la primera infancia en contextos de conflicto armado: narrativas colectivas de agencia. *Psicoperspectivas*, 17(2), 56-79. <https://doi.org/10.5027/psicoperspectivas-Vol17-Issue2-fulltext-1186>
- Pakman, M. (2011). *Palabras que pertenecen, palabras por venir. Micropolítica y poética en psicoterapia*. Gedisa.

- Pavez-Soto, I. (2012). Sociología de la infancia: las niñas y los niños como actores sociales. *Revista de Sociología*, 27, 81-102.
<https://doi.org/10.5354/0719-529X.2012.27479>
- Ricoeur, P. (2004). *Tiempo y narración I: configuración del tiempo en el relato histórico*. Siglo XXI.
- Ricoeur, P. (2010). *La memoria, la historia, el olvido*. Trotta.
- Skliar, C. (2017). *Pedagogías de las diferencias*. Noveduc Libros.
- Señal Memoria. (18 de marzo de 2022). *2002, un viraje en el conflicto*. <https://senalmemoria.co>
- Vásquez, J. G. (2015). *La forma de las ruinas*. Alfaguara.